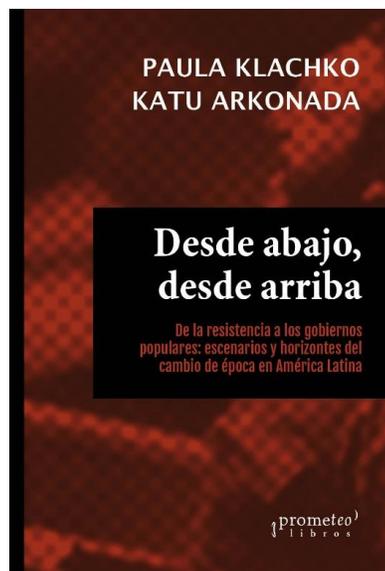


livros...

ARKONADA Katu; KLACHKO: Paula. Desde abajo, desde arriba. De la resistencia a los gobiernos populares: escenarios y horizontes del cambio de época en América Latina. Buenos Aires: Prometeo Editorial, 2017. 140 p.

Desde abajo, desde arriba realiza un recorrido social y político de la gestación y proceso del cambio de época progresista en Nuestra América, que muestra su apogeo desde inicios de Siglo XXI hasta 2015, surcado por la mayor crisis del capitalismo conocida. L@s autores analizan los procesos de resistencia al neoliberalismo, las luchas desde abajo y la conformación de fuerzas populares, en los momentos previos al acceso a varios gobiernos que luego intentarán aplicar, desde arriba y en disputa con el poder real –dentro y fuera de esos gobiernos-, varias de las demandas que emergen de esos procesos. Desde la sólida perspectiva del materialismo histórico, el estudio se concentra, sobre todo, en los gobiernos que conforman el «núcleo duro bolivariano» -la Revolución Bolivariana en Venezuela, la Revolución Democrática y Cultural en Bolivia, y la Revolución Ciudadana en Ecuador—, pero también se abordan los otros casos y el ciclo progresista en su conjunto, analizando sus avances y obstáculos así como las tensiones, contradicciones y desafíos históricos y teóricos que abrió esta intensa etapa en Nuestra América.



Katu Arkonada (País Vasco, 1978). Diplomado en Políticas Públicas y en Geopolítica y Defensa Latinoamericana. Vive, trabaja y milita en Bolivia, donde se ha desempeñado como asesor del Viceministerio de Planificación Estratégica del Estado; de la Unidad Jurídica de Desarrollo Constitucional de la Vicepresidencia; y de la Cancillería. Ha publicado *Transiciones hacia el Vivir Bien*, y *Un Estado, muchos pueblos. La construcción de la plurinacionalidad en Bolivia y Ecuador*. Miembro de la secretaría ejecutiva de la Red de Intelectuales en Defensa de la Humanidad, coordina el área geopolítica del semanario boliviano *La Época*, y colabora con varios medios internacionales como *TeleSUR*, o *Russia Today*.

Paula Klachko (Argentina, 1972) Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, y Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Ha investigado, mediante las becas doctorales y posdoctorales del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, sobre movimientos y luchas sociales, y la dinámica sociopolítica de Argentina y América Latina. Ha publicado artículos en diversas revistas científicas. Forma parte del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia del Centro Cultural de la Cooperación que dirige el Dr. Atilio Borón, con el que dicta clases sobre los procesos históricos y dinámicas socio-políticas en América Latina en la Universidad Nacional de Avellaneda. Asimismo es profesora de la Universidad Nacional de José C. Paz.

Prólogo

ATILIO BORÓN

Este libro de Katu Arkonada y Paula Klachko aborda de manera sistemática el examen de un fascinante período de la historia reciente de América Latina. Más concretamente, el que se abre con el ascenso de Hugo Chávez Frías a la presidencia de Venezuela y que con sus avatares – tensiones, avances y estancamientos- llega hasta nuestros días. Se trata, por lo tanto, de una obra que examina la génesis y el desenvolvimiento de un proceso histórico único, tal y como se manifestara en cada uno de los países que protagonizan el llamado “ciclo progresista” latinoamericano. Un trabajo de síntesis, necesario y por eso largamente esperado por la militancia social y por el mundo académico, y en la cual se anudan los rasgos definitorios de este luminoso fragmento de nuestra historia. Etapa en la cual se produjeron significativas transformaciones en el mapa sociopolítico regional y en las relaciones entre nuestros países y la metrópolis imperial. Pasar revista a esa experiencia, analizar sus logros y sus asignaturas pendientes; evaluar sus aciertos – que pese a sus limitaciones en todos los casos exceden sus errores – y diagnosticar sus insuficiencias; en una palabra, examinar los legados de este cambio epocal es la tarea que se han propuesto los autores en este trabajo, todo ello precedido por una sugerente revisión de la teoría marxista de la reforma y la revolución.

Es a causa de esto que me siento honrado con la invitación que me hicieron para escribir unas pocas líneas a modo de breve introducción a la presente edición de su obra. Como es bien sabido, América Latina se asomó al amanecer

del siglo XXI grávida de esperanzas. La década de los noventa había sido el paroxismo de la distopía neoliberal; en ese momento se llegó a la apoteosis de la pesadilla del mercado total. Carlos Saúl Menem, Alberto Fujimori, Ricardo Lagos, Fernando Henrique Cardoso, Carlos Salinas de Gortari y otros radicalizaron la obra destructiva del neoliberalismo, barrieron los últimos vestigios del desarrollismo y culminaron la reestructuración regresiva del capitalismo que las dictaduras de los años setenta habían dejada inconclusa, salvo en el caso de Chile. En el plano internacional, la desintegración de la Unión Soviética parecía anunciar, con el estrépito de su derrumbe, el advenimiento de lo que algunos intelectuales y estrategias del imperio se abalanzaron en llamar el nuevo siglo americano, torpe ilusión que apenas si llegaría a durar una década. Mientras, las izquierdas europeas desertaban de sus viejas convicciones, y con falso realismo – en realidad vergonzosa capitulación – socialdemócratas y comunistas por igual abrazaban con fervor el nuevo credo. Los primeros daban nacimiento a una fórmula engañosa, “la tercera vía” que más pronto que tarde demostró ser apenas un burdo maquillaje de la primera; los eurocomunistas, por su parte, en un acto de suprema ignominia abandonaban armas y pertrechos y se convertían en fanáticos del neoliberalismo. El triunfo de esta ideología fue exaltado en el publicitado texto de Francis Fukuyama en donde no sólo se entonaban los himnos fúnebres a la supuesta desaparición de las ideologías sino que, en un alarde de ignorancia, también se anunciaba nada menos que el fin de la historia. Su

veredicto era inapelable: en los noventas se había plasmado el triunfo de los mercados y la democracia liberal, conclusión esta que sólo pudo adquirir una cierta credibilidad debido a la profunda crisis “intelectual y moral” del capitalismo contemporáneo, misma que hacía digerible para vastos sectores de las sociedades contemporáneas disparates que, en otro momento histórico, hubieran provocado generalizado sarcasmo.

Pero los hechos son porfiados y la dialéctica de la historia siguió su curso, indiferente a las manipulaciones discursivas urdidas por la industria cultural del capitalismo. Ya había signos premonitorios de que, al menos en Latinoamérica, el paraíso neoliberal estaba mucho más lejos de lo que se pensaba. En 1989 el Caracazo había lanzado una dura advertencia: los pueblos no asistirían de brazos cruzados a su propio holocausto, y lucharían con todas sus fuerzas. El 1° de Enero de 1994 los indígenas zapatistas se alzarían en armas en contra del siniestro proyecto de convertir a México – ¡nada menos que a México!- en un protectorado norteamericano.

Ambos acontecimientos: el Caracazo y la insurrección zapatista reverberaron como un relámpago por toda la dilatada geografía latinoamericana. En los años siguientes, el voluminoso ejército industrial de reserva creado por las políticas neoliberales de Menem en la Argentina reinventó una forma de lucha novedosa en lo organizativo, basista por su activismo y de arraigo territorial: los cortes de rutas y calles para protestar contra la opresión y explotación de que era objeto. Simultáneamente, en Brasil avanzaba la organización de las masas campesinas con el MST, los “sin tierra”, al paso que el ascenso de las luchas de clase precipitaba el crecimiento del sindicalismo obrero y aceleraba la

germinación de lo que, poco tiempo después, florecería como el mayor partido de masas de la izquierda en todo Occidente: el PT. Un hecho fundamental daba pie y nutría a todas estas movilizaciones: el ejemplo de Cuba, la resistencia de esa isla transitando con enormes sacrificios -pero sin ceder un palmo – el aciago “período especial” desatado con la caída de la URSS y haciendo caso omiso a los cantos de sirena de los publicistas del capital – cuyo principal tenor fue Felipe González, ya convertido en un vulgar lobista de las empresas españolas- que le recomendaban a Fidel arriar definitivamente las banderas del socialismo y la revolución y “amigarse” con los mercados globales. Si la URSS no pudo, decían estos bien recompensados traficantes de ideología, ¿cómo podría una pequeña isla del Caribe mantener en alto aquellas venerables banderas? No hace falta demasiado esfuerzo para imaginar el impacto devastador que una eventual capitulación de Cuba habría tenido sobre los movimientos sociales y las fuerzas políticas de izquierda en América Latina. Sus luchas se habrían convertido en estúpidos disparos a la luna una vez demostrada la inviabilidad de la construcción del socialismo en la isla y, por extensión, en toda la región. Por eso nuestra deuda con la Revolución Cubana es inmensa: al haber mantenido encendida la llama de la revolución en medio del vendaval del neoliberalismo prestó un servicio de inigualable importancia a la causa de la emancipación de nuestros pueblos. Otra hubiera sido la historia si Cuba sucumbía. Pero la isla de Martí se mantuvo firme y supo capear el temporal.

Por eso, al concluir la década de los noventas toda América Latina se puso en tensión, como si hubiera recibido una

descarga eléctrica que diseminó por doquier la resistencia ante el holocausto neoliberal. Las guerras del agua y del gas conmueven al mundo andino, sobre todo Bolivia y Perú; las masas campesinas indígenas se movilizan y acosan a los gobiernos de la región. Los obreros y empleados toman las calles y las rutas, y la resistencia se extiende y profundiza en casi todos los países. En Diciembre de 1998 Hugo Chávez Frías conquista la presidencia de Venezuela y, un mes después, jura sobre la “moribunda constitución” de la Cuarta República dar inicio a un proyecto transformador que más pronto que tarde se extendería por Nuestra América. Bolívar, olvidado por casi dos siglos, reaparece con la fuerza de una tromba de la mano de Chávez, y se reinstala la extraordinaria actualidad de sus ideas y de su proyecto emancipador. Junto a Bolívar reinicia su larga marcha por toda la región el legado martiano, cultivado con singular esmero por la Revolución Cubana. Fiel reflejo del nuevo clima ideológico y político imperante en Latinoamérica, a comienzos de siglo nace en Porto Alegre el Foro Social Mundial, una iniciativa extraordinaria que en pocos años se transformó en un punto de referencia para los movimientos sociales de los cinco continentes y colocó a Latinoamérica en la vanguardia de las luchas antiimperialistas a nivel global. Fue en ese marco que Chávez Frías le presta un servicio enorme a la revolución reinstalando el tema de la actualidad del socialismo en el discurso público latinoamericano. En Diciembre del 2001 se produciría el catastrófico derrumbe del experimento neoliberal en la Argentina, arrojando a las calles y plazas del país a multitudes en protesta contra la “eutanasia de los pobres” que estaba llevando a la práctica del gobierno de la Alianza, el desquicio económico y social del neoliberalismo y la brutal

expropiación de los pequeños ahorristas sufrida a mano de los banqueros con la complicidad del gobierno de turno. En su apogeo los días 19 y 20 de Diciembre el levantamiento social precipitado por el desfalco general producido por la Convertibilidad (aquella absurda e insostenible paridad entre el peso argentino y el dólar estadounidense) adquirió tonalidades preinsurreccionales y provocó el derrumbe del gobierno de Fernando de la Rúa. La arrolladora movilización popular fue el desenlace de una profunda crisis política de larga gestación y merced a la cual en pocos días cinco presidentes transitaron por la Casa Rosada en un vano intento por estabilizar la situación ante una ciudadanía que coreaba con furia la consigna “¡que se vayan todos!”. Inequívocas señales de la inminencia de los nuevos tiempos y del cruento fracaso del proyecto neoliberal que ni redistribuyó ingresos (como aseguraba la “teoría del derrame”), ni estimuló el crecimiento económico o la consolidación de la democracia. Hizo exactamente todo lo contrario: reconcentró la riqueza, paralizó el crecimiento y debilitó la legitimidad democrática. De ahí su estrepitoso derrumbe.

Los dramáticos acontecimientos de la Argentina tuvieron un inesperado reflejo en Brasil: sus clases dominantes contemplaron horrorizadas la revuelta plebeya escenificada en el país vecino y los miembros más sagaces del bloque en el poder cayeron rápidamente en la cuenta de que un desplome análogo tendría en Brasil consecuencias muchísimo más graves, y tal vez irreversibles. Ante esa perspectiva obraron con perversa astucia y optaron por levantar el veto o el bloqueo mediático a que habían sometido en tres oportunidades anteriores a la candidatura moderada del PT y su candidato, Luiz

Inacio “Lula” da Silva. Poco después este ganaría la presidencia del Brasil y al año siguiente sería Néstor Kirchner quien haría lo propio en la Argentina.

Un nuevo ciclo político-ideológico se abría paso en el continente, favorecido por una constelación de circunstancias en el terreno internacional que se combinaban virtuosamente con los procesos endógenos de la región. En efecto, la rebeldía y el ardor de las luchas populares encontraron en el alza de los precios de las commodities latinoamericanas y la atención que Estados Unidos y sus lugartenientes europeos le dedicaban a Medio Oriente y a Asia Central (especialmente Iraq y Afganistán) fueron factores que facilitaron su capacidad transformadora. No los explicaban, porque esos determinantes internacionales también operaron sobre otros países sin que su resultado hubiera sido un ciclo de gobiernos progresistas o de izquierda. Ahí están los casos de Perú o Colombia, que demuestran que sin la movilización y lucha de las clases populares el “viento de cola” de la economía mundial por sí solo no podía producir los mismos resultados logrados en el núcleo duro del bolivarianismo – es decir, Venezuela, Bolivia y Ecuador- o en las expresiones más moderadas de los nuevos tiempos, como en Argentina, Brasil y Uruguay.

Con la victoria de Lula, la influencia que Brasil proyectaba sobre toda la región reverberó con inusitada intensidad. El auge de la lucha de masas que caracterizó a los primeros años de nuestro siglo se materializó, poco después, en sendas victorias de la izquierda o del progresismo en Argentina, Uruguay, Bolivia y Ecuador. Este rediseño del mapa sociopolítico de la región tendría un papel decisivo en lograr la derrota del ALCA en Mar del Plata, en Noviembre del 2005, haciendo

naufragar nada menos que al principal proyecto estratégico de Washington para América Latina para el siglo veintiuno. Este nuevo clima político e ideológico marcaría con rasgos indelebles a la región hasta promediar la segunda década del nuevo siglo, cuando una combinación de diversas circunstancias tanto endógenas como exógenas dio origen primero a una ralentización de la marcha ascendente de las luchas sociales y luego a su detención y relativo estancamiento. Sin este decisivo impulso “desde abajo” y acosados por las restricciones de la crisis general del capitalismo y el desplome de los precios de las commodities los gobiernos progresistas fueron forzados a adoptar políticas más moderadas. Ciertas elucubraciones en torno al supuesto “fin del ciclo progresista”, que brotan precisamente de esta situación, son objeto de cuidadoso análisis en la última parte de la obra que estamos comentando y a ella remitimos a nuestros lectores. Sólo nos permitiremos anticipar que aquella tesis carece de fundamento empírico y es más que nada una operación propagandística, parte de la “guerra psicológica” que el imperio estimula sin pausa, para producir el desarme y la desmovilización de las fuerzas sociales que impulsaron los procesos de cambio en la región.

Este libro tuvo su origen en los cursos que ambos autores dictaron en el PLED, el Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales, en la segunda mitad del 2015. Nos pareció que las transformaciones que alteraron la fisonomía de la región desde comienzos de siglo requería un esfuerzo de síntesis, de ordenamiento de datos y antecedentes y, a la vez, de prospección de sus posibles encaminamientos en un sistema internacional atravesado por conflictos cada vez más violentos y sangrientos. La

anhelada reanudación de la marcha ascendente del movimiento social requiere asimismo conocer los legados de todos esos años, tomar nota de sus aciertos y aprender de sus yerros. Sin este aprendizaje no habrá una fecunda recuperación de la iniciativa popular. Y esto es precisamente lo que se resume en esta obra. Muchas lecciones, que deben ser aprendidas para facilitar la continuación de un proceso que por ahora da señales de haber llegado a una meseta y, en algunos casos, como en la Argentina y Brasil, de haber comenzado un preocupante retroceso. En todo caso, conviene tener en cuenta que los gobiernos actuales de ambos países están lejos de encontrarse firmemente en control de la situación. En la Argentina los pronósticos de los avales internacionales del macrismo – Wall Street, la prensa financiera internacional, los grandes bancos – no dejan de señalar las enormes dificultades económicas que atribulan a la Casa Rosada y que han provocado la cautela de los inversionistas extranjeros que han abierto un compás de espera por lo menos hasta las próximas elecciones de medio término del 2017. Algunos de ellos, inclusive, estiman que no habría que descartar una aplastante derrota del macrismo, con lo cual sería altamente probable que todo volviera a fojas cero. En Brasil el gobierno de Michel Temer está surcado por denuncias de corrupción que inculpan al propio presidente, según lo delatara nada menos que Marcelo Odebrecht, CEO de la más importante empresa de construcciones civiles del Brasil. En ese escenario, y pese al blindaje del poder judicial que se le otorga a Temer, como en la Argentina se hace lo propio con el presidente Mauricio Macri involucrado en las filtraciones de los Panamá Papers, lo que puede predecirse a futuro es tan sólo una marcada incertidumbre, algo muy lejos

de ser el comienzo de un “nuevo ciclo” de signo derechista.

Dicho lo anterior quisiera concluir este prólogo señalando la importancia de dos asuntos, que surgen de la lectura de esta obra y que ameritan una seria discusión en el seno de las fuerzas populares y para la cual los aportes hechos por nuestros autores constituyen un fecundo punto de partida. Uno, la subestimación en la que incurrieron las más diversas (y encontradas) corrientes de la izquierda y el pensamiento crítico de las enormes dificultades que se interponen a la construcción de un orden no sólo posneoliberal sino también pos-capitalista. Lo que los datos de la experiencia demuestran irrefutablemente es que la sola tarea de dejar atrás la gravosa herencia del neoliberalismo constituye casi una hazaña. Precisamente por eso, nada pudo ser más dañino que la alegre y complaciente celebración de la presunta llegada del posneoliberalismo a nuestras playas, tarea en la cual sobresalieron algunos publicistas de los anteriores gobiernos de la Argentina y el Brasil. En su afán propagandista aquellos preferían ignorar que la liberalización financiera y la desregulación de los mercados, así como las privatizaciones, conservaron su vigencia en lo que nuestros autores denominan “el segundo anillo” de los gobiernos progresistas: Argentina, Brasil y Uruguay, lejos aún de las promisorias aguas del posneoliberalismo. Así como Marx y Engels, y después Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburg subestimaron la resiliencia del capitalismo como sistema y su formidable capacidad para absorber enormes desafíos, el pensamiento crítico latinoamericano y las fuerzas de izquierda fueron también ellas víctimas de la misma ilusión. Este reconocimiento de ninguna manera es una concesión derrotista o una exhortación a abandonar la tarea de la revolución ante la supuesta

inexpugnabilidad del sistema sino que pretende enfatizar la necesidad de mejorar nuestro conocimiento del capitalismo como sistema mundial y en sus diversas concreciones nacionales. Quien no conoce no puede cambiar lo desconocido. Por eso recordaba Lenin que “nada hay más práctico que una buena teoría”. La tarea, por supuesto, es mucho más dura de lo que se pensaba porque el ataque a una ciudadela capitalista en la periferia -digamos Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela- no sólo es repelido por una vigorosa, multifacética y policlasista coalición interna sino que pone en funcionamiento las redes globales de defensa del sistema con Washington a la cabeza, a quien se le suman las normas e instituciones internacionales (capitalistas hasta la médula) que regulan el funcionamiento de la economía mundial y que acuden rápidamente a socorrer a la fortaleza sitiada por las fuerzas anticapitalistas. El caso de los “fondos buitres” en Argentina ilustra con extraordinaria nitidez los nefastos alcances de este perverso entramado capitalista mundial que arrasa la soberanía de algunos estados nacionales sometidos a un chantaje imposible de ignorar; el papel del Departamento del Tesoro de Estados Unidos al penalizar a los bancos que viabilizan el comercio exterior de Cuba es otro ejemplo de lo mismo, así como las reglas de la OMC, la perniciosa influencia del CIADI del Banco Mundial o las regulaciones no-arancelarias que descaradamente protegen las economías de los gobiernos autoproclamados como voceros de una economía mundial regida por la libertad de comercio. Si a lo anterior le sumamos, para seguir con esta metáfora gramsciana de las trincheras, fortificaciones y casamatas, el crucial papel de los medios de comunicación, controlados por la burguesía imperial y sus aliados locales (que han creado una

suerte de “Plan Cóndor de la Información” para desaparecer a la verdad) así como su victoria en la batalla de ideas comprobaremos que la superación del capitalismo es una tarea bastante más complicada de lo pensado. Este es uno de los temas sobre los cuales podemos aprender a partir de la lectura de este libro.

La segunda y última observación tiene que ver con el supuesto “fin de ciclo” del progresismo y la izquierda en América Latina. Tal como se demuestra en los capítulos finales de este libro lo menos que se puede decir es que se trata de una conclusión prematura y poco fundamentada. Decíamos más arriba que bajo el peso de la crisis general del capitalismo y el derrumbe de los precios de las exportaciones latinoamericanas algunas orientaciones de la política económica de esos gobiernos han experimentado un giro hacia una cierta ortodoxia y la prudencia fiscal en algunas áreas muy específicas. El caso de Brasil bajo el segundo gobierno de Dilma ilustra claramente lo que venimos diciendo: el giro abrupto hacia el neoliberalismo al comienzo de su segundo mandato (con la designación del “chicago boy” Joaquim Levy en el crucial Ministerio de Hacienda) no hizo sino acelerar el debilitamiento de un gobierno que, producto de sus propios errores y limitaciones ideológicas, desmovilizó a su base social, esterilizó al PT y adoptó las orientaciones económicas de sus adversarios. El triste desenlace sufrido por la presidenta brasileña nada tiene de casual o accidental, sino que es producto de profundos desaciertos que comenzaron al promediar los primeros años del gobierno de Lula y que terminaron por producir esa ruptura entre representantes y representados que Gramsci tantas veces llamara la atención en sus escritos carcelarios. El derrumbe de los precios

del petróleo ha perjudicado seriamente a la economía venezolana pero no es un dato menor que la inversión social, las misiones bolivarianas, no ha experimentado, hasta ahora, una reducción de sus partidas presupuestarias y que la legislación protectora de los derechos de los trabajadores ha sido fortalecida en lugar de haberse recortado, como ocurriera en Europa y, para seguir con una sugerente comparación, en el Brasil. Ergo, la idea de que todos esos gobiernos progresistas ya han caído por entero en las fauces del neoliberalismo es errónea. Distinta ha sido la historia en el caso de la Argentina, pues con el triunfo de Mauricio Macri el neoliberalismo duro se ha encaramado una vez más a las alturas del Estado. Pero, aún así subsisten las preguntas cruciales de cuya respuesta dependerá si se puede o no hablar, con rigurosidad, de un fin de ciclo. Hasta ahora, el único país en el cual la coalición progresista o de izquierda fue derrotada es la Argentina, y por un escasísimo margen. Siguen en el gobierno las fuerzas que obtuvieron la presidencia en Bolivia, Ecuador, Venezuela y Uruguay y, en Centroamérica, el sandinismo y el Farabundo Martí en El Salvador. Y si bien en casi todos estos países, con la posible excepción de Bolivia y Venezuela, se ha producido una desmovilización de las fuerzas que sostuvieron esos proyectos desde lo social lo cierto es que, por ahora, las fundamentales políticas de inclusión promovidas por esos gobiernos no han sido abandonadas. Y aún cuando los gobiernos “post-progresistas” lo intenten habrá que ver si estas intenciones restauradoras son coronadas con el éxito. En este sentido el caso argentino se convierte en un laboratorio importantísimo para extraer algunas conclusiones acerca del fin o la

continuación del ciclo progresista abierto a comienzos de siglo. Por otra parte sería importante examinar con cuidado las transformaciones operadas en la conciencia social y la ideología de las clases y capas subalternas. Podría hipotetizarse que más que la redistribución de bienes materiales el legado más significativo de estos años ha sido un profundo cambio en la conciencia de las clases y capas populares, acompañando la expansión de los derechos ciudadanos y la construcción de estados democráticos basados en su activo protagonismo. Seguramente es más sencillo cancelar avances económicos y reconcentrar los ingresos que abolir nuevos derechos recientemente conquistados y desciudadanizar a capas y grupos sociales que con estos procesos adquirieron por primera vez su condición de miembros de la comunidad política. Por otra parte, no estaría demás interrogarse si las condiciones internacionales facilitarían un retorno al neoliberalismo del pasado, es decir, al tipo de ordenamiento hemisférico que esta parte del mundo conocía cuando se produjo el derrumbe de la Unión Soviética y los estrategias norteamericanos se engañaban con “un nuevo siglo americano”. La respuesta es negativa, todo lo cual nos conduce a preguntarnos si sería correcto postular un “fin de ciclo” a partir del sólo análisis del momento económico de una formación social. A la luz del marxismo tal iniciativa no nos parece persuasiva ni razonable, pero son cuestiones abiertas que ameritan un examen minucioso para el cual este libro ofrece un promisorio punto de partida, razón por la cual nos permitimos recomendarlo sin reservas.

Atilio Borón

Buenos Aires, 9 de Noviembre de 2016